

El verdadero objetivo de la empresa de Colón en 1492 y la tesis de Vignaud.

El descubrimiento de América ha dado nacimiento a interesantes investigaciones científicas que han sido vulgarizadas según la curiosidad manifestada en las declaraciones en que han intervenido geógrafos y americanistas, tanto de nuestro continente como de Europa.

Duras controversias han suscitado algunas teorías expuestas que en ocasiones han alcanzado a destruir lo que se tenía ya como definitivo e irrefutable.

No es menester insistir en la importancia que tales sucesos tienen para nuestros estudios de América, tanto más cuanto que no es raro para la historia hacer revivir acontecimientos pasados que tienen que mante-

ner atentos a aquéllos que no les basta conocer lo que otros han escrito, sino que llegan a inquirir datos en el terreno mismo de la investigación histórica con el objeto de llevar a la opinión de quienes corresponde las bases sobre que descansa una nueva tesis sustentada y las críticas que deben llevar aquellas otras que merecen ser descartadas del campo de la ciencia.

El terreno místico ha soportado también conclusiones variadas acerca del descubrimiento de América y del Almirante Colón, conclusiones que han desaparecido después de sometidas al criterio de los estudiosos. Tal cosa ha acontecido con las expuestas por el Conde Roselly de Lorgues que se proponía demostrar la santidad del Descubridor a costa de los más audaces argumentos, destruidos por fuertes aseveraciones de Sanguinetti, Harrise, Vignaud, Fernández Duro, García de la Riega, etc.

Las declaraciones recibidas de labios de Colón por su hijo Fernando, por el Padre Las Casas, por su hermano Bartolomé, y dadas después a conocer por importantes obras de los dos primeros de estos autores han formado la Leyenda Colombina que ha tenido partidarios en todas las épocas y que en nuestro siglo ha sido entregada a la seria crítica practicada por uno de los más inteligentes tejedores de relatos colombinos, el norteamericano Henry Vignaud, que tuvo como predecesores a Winsor, en Estados Unidos, y a Ruge, en Alemania.

¡Colón descubrió la América!

La abundancia de estudios eruditos hace que éstos contradigan muchos aspectos referentes al descubrimiento de América, a Cristóbal Colón y a infinidad de otros puntos que se relacionan con la materia. En una de las pocas cuestiones en que están acordes todos los controversistas es en asegurar que **Colón es el verdadero descubridor del Nuevo Mundo.** (Dentro de poco, el «Ateneo» o la Academia de la Historia de Madrid, publicará una obra de don Rómulo Carbia, que agitará el campo colombino, como que aborda el descubrimiento principalmente en referencia con la participación de Yáñez Pinzón, a quien considera como verdadero Descubridor). Ahora bien, sobre esta afirmación vienen a localizarse las teorías que al hecho histórico del descubrimiento se refieren; alrededor de ella se teje con maravilla la narración hipotética de los motivos que indujeron al Almirante a cruzar el Atlántico en forma como nadie lo había hecho antes; y el fruto de la investigación acabada, de la fantasía, del misticismo, de la deducción, de la resolución inmediata ante los acontecimientos, se desenvuelve en fórmulas que reflejan la incertidumbre con que figuran los hechos y la actividad que despliegan los que se interesan en cuestiones de importancia como la que nos ocupa.

En el presente trabajo me voy a proponer dar a conocer lo que Henry Vignaud dice acerca del descubrimiento de América con relación al fin que Colón perseguía en su viaje; demostrar, siguiendo al autor arriba indicado, que Colón no llegó a nuestro con-

tinente por resolución del «destino» o por insinuación de algún otro personaje, sino porque él, mediante estudios metódicos y prácticos, llegó a determinar la existencia de tierras en la dirección que siguió al partir de España; exponer, en forma sumaria, lo que el atrevido norteamericano expresa a través de sus obras que han logrado mantener inquietos a quienes más confían en la vieja Leyenda o Tradición Colombina.

Pero no porque sea Vignaud quien expone las ideas van a ser eternamente consideradas como la última palabra en materia de América; puede ocurrir que mañana aparezca una tesis contradictoria,—aunque ya existen muchas anteriores a la de Vignaud,—y nuestro autor haga su época.

Muchas de sus conclusiones mueven a meditar; pero mi misión, antes de exponerlas,—lo advierto,—no es analizar la obra del eminente historiador, y me limitaré a esbozar, como mis fuerzas lo permitan, las teorías que respecto a la materia que me ocupa aparecen en las obras del que merece ser llamado el fantasma de la Leyenda.

EL PLAN FORMA- Creo que es de
DO POR COLON interés dar a co-
Y LO QUE SOBRE nocer la manera
EL HABLAN AL- cómo Colón llegó
GUNOS AUTORES a concebir su pro-

yecto de descubrir nuevas tierras, lo que constituía preocupación constante en algunos espíritus aventureros de la época. No entraré, sin embargo, a detallar las numerosas escenas que vivió Colón antes de la formación de sus planes, y pondré atención preferente en lo que se refiere al proyecto mismo, ya que lo anterior significaría apartarme del objetivo que me ha movido a presentar este trabajo.

No era difícil encontrar a fines del siglo XV individuos que estuvieran dispuestos a lanzarse a empresas marítimas considerables, ya que el conocimiento del mar se iniciaba con mucho amor por los que deseaban presentarse una circunstancia para su gloria y un medio para satisfacer sus anhelos de riquezas. Tanto como los mares y océanos orientales, el Atlántico los llamaba y les presentaba un inmenso campo para trabajar y adquirir lo que significaba el motivo de sus ambiciones.

Hombres de todas las naciones, especialmente de Portugal y de Italia, osaban internarse en las inmensidades oceánicas con el fin manifiesto de agregar un pedazo más de tierra a su territorio y conseguir lo que más pudiesen para su bien personal.

No es de admirarse entonces que «nuestro genovés», como a Colón llama tan cariñosamente Vignaud, militara en las filas de estos entusiastas navegantes y se presentara en todas partes para recoger los datos más numerosos y precisos con el objeto de formar algún día un proyecto que satisficiera ilusiones muy propias de un hombre dado a meditaciones y estudios que se relacionaban con lo que él trataba de adquirir.

Hasta hace treinta años la Tradición Colombina se presentaba con caracteres sobre-

salientes en las relaciones de Colón y el descubrimiento del Nuevo Mundo.

Esta tradición acepta que Colón emprendió su viaje esperando demostrar «que se podía llegar a las islas de las especias tomando el camino del oeste», el que le había sido aconsejado por el cartógrafo florentino Toscanelli en la discutida carta que éste había escrito al Almirante, lo que lo haría aparecer como el verdadero iniciador del descubrimiento de la América. Acerca de la autenticidad de la carta del florentino vamos a discurrir en líneas posteriores, pero podemos adelantar que los que creen en ella aseguran implícitamente que estas cuestiones preocupaban la imaginación de muchas personas, y, los que no la aceptan pueden concebir la posibilidad de que no tenga origen colombino, contemplando un momento el pueblo de la época, que no se doblegaba ante los rechazos de que eran objeto sus proposiciones una vez sometidas al criterio de los que se creían autorizados para estudiarlas.

Dejemos, pues, a Colón formando su proyecto en el medio de vida someramente esbozado y detengámonos a considerar lo que él mismo logró plantear.

El carácter verdadero de la empresa de Colón, tal como los Reyes Católicos creyeron debía desenvolverse, ha sido muy modificado y desnaturalizado por los tradicionalistas, incluyendo aun al mismo Descubridor. En efecto, examinando lo que nos ha quedado de mayor importancia escrito por Colón después de su Diario de Abordo del primer viaje, tenemos que encontrar la carta que dirige a los Reyes Católicos en la que expresa «en términos precisos que es a las Indias a donde él se propuso ir, para hacer conocer a los Príncipes y a los pueblos de esa región las verdades de nuestra Santa Fé, y para anudar las relaciones con ellos; que es a las Indias hacia donde estos Príncipes le ordenaron se dirigiera, no por la vía ordinaria del Este, sino por aquella del Occidente, que nadie había tomado, y que es, naturalmente, a las Indias hacia donde él se dirigía». Pero en otra declaración el Almirante manifiesta que en las capitulaciones con los Reyes él había exigido se le nombrara Gran Almirante del mar océano y virrey y gobernador perpetuo de **todas las islas o tierras que descubriese**, declaración en que vemos que él pretendía desde un principio descubrir tierras en el camino de su búsqueda de las Indias; pero esto se desvirtúa por lo que el mismo Colón dice después y en forma muy insistente, de que lo único que él pretendía era ir en camino de las Indias, proponiéndose no abandonar por un momento su empresa hasta no haber arribado a ellas. Es bien concreta, pues, la pretensión de Colón, que se proponía sólo buscar las Indias, caminando por Occidente.

Y esto es lo que sabemos sobre Colón y sus pretensiones, que contienen, como veremos más adelante, indicaciones muy contradictorias a las sostenidas por Vignaud, que se expresa lo suficientemente claro para no aceptar aun lo que el mismo Colón de-

clara en sus palabras que han tenido muchos partidarios en los críticos de todas las épocas.

Fuera de este valioso testimonio podemos dirigirnos con seguridad a la fuente que nos presenta Fernando Colón, hijo del Descubridor, y al Padre Las Casas. Estos biógrafos no hacen más que desarrollar lo que Colón declara y se ocupan en mostrar las fuentes en que el genovés pudo encontrar la formación de su proyecto y se detienen a citar las tres siguientes: 1.^a Los estudios cosmográficos que Colón habría abrazado desde su juventud; 2.^a La opinión autorizada de algunos autores y los consejos de sabios que pudo consultar; y 3.^a Las numerosas indicaciones recogidas por él mismo y que se relacionaban con la existencia de tierras hacia el Oeste. Es interesante señalar además que Fernando y Las Casas creen en una cuarta fuente, la que sería de inspiración divina, y que no podemos analizar porque ella no admite crítica favorable, aunque constituyó la base de los famosos trabajos de Roselly de Lorgues. De todas maneras, ellos declaran, junto con Colón, que el objetivo del viaje era el de buscar el «Oriente por el Occidente»; más bien dicho, las Indias, siguiendo la ruta del Oeste.

Y este es, pues, el proyecto que el Almirante había presentado a los soberanos de varios países de Europa y que tuvo su aceptación en las cortes españolas, no sin antes experimentar su autor numerosas contrariedades, explicables por la magnitud de la empresa que se proponía realizar y por los escasos medios probatorios y materiales de que disponía el que más tarde debía descubrir nuestro continente.

Podemos aun recurrir a autores modernos con el objeto de definirnos en su forma concreta el proyecto del genovés. No sería novedad para nosotros, después de conocer lo que hasta aquí se ha expuesto, encontrar en las obras de los más destacados eruditos modernos, la narración de que el objetivo único de Colón era encontrar una ruta que comunicara más rápida y fácilmente el mundo oriental con el occidental, recurriendo sólo a pronunciarse que el proyecto era fruto de una concepción de orden teórico que dió como resultado el no esperado descubrimiento de un nuevo mundo. Todos los panegiristas modernos ven en el descubrimiento un fruto de apreciaciones científicas, puesto que están absolutamente de acuerdo con los que concibieron a Colón como un sabio y conocedor de las nociones cosmográficas y geográficas existentes. Entre los escritores que así opinan podemos mencionar a W. Irving, A. de Humboldt, Ed. Lépelletier, Clemente R. Markham, Tarducci, HARRISSE, S. Ruge, P. Gaffarel y muchos otros que formarían larga lista, todos confirmando las mismas intenciones en Colón.

No podemos conformarnos con las declaraciones tradicionalistas y como bien conocido el problema que muestra el proyecto de Colón, Vignaud, no se resiste a manifestar sus ideas y las pruebas que constituyen su base.

Esto es lo que la Tradición Colombina dice sobre el objetivo de la empresa de Cristóbal Colón en 1492, empresa que ha preocupado desde tantos años al mundo estudioso, dando origen a muchas obras interesantes y a la vez motivos a varios investigadores para que pisen el terreno de nuestra ciencia, que entre sus normas tiene la de procurar revelar la verdad sobre lo que ocurrió ayer y los antecedentes que motivaron esos acontecimientos.

Tan seguros estaban los historiadores del siglo XVII y XVIII sobre lo que la tradición aseveraba, que no vacilaban en exponerla las veces que se presentaba la oportunidad, y los agregados que alguno hacía aparecer como dato nuevo para su reconstrucción histórica, no pasaban de ser consecuencia lógica de las particularidades esenciales sobre que la leyenda descansaba. Estos datos nuevos fueron los que formaron al Colón presentado a nosotros, a ese que, abrazando desde 14 años su carrera de navegante, no hacía otra cosa que continuar la ruta señalada por sus ilustres antepasados, los dos almirantes Colombo; que, sirviendo bajo las órdenes del Rey Renato, logró poner de relieve el valor de su abolengo y de su raza; que, con el deseo manifiesto de recorrer los océanos, se internó en el Atlántico, el que lo llevó a las costas de Islandia; que habituado a pasar por todas las comarcas y en posesión de copiosos conocimientos náuticos, pudo cruzar conversación con muchos sabios, cuyas obras examinó, anotando algunas correcciones que él creía merecían determinados pasajes.

Al fin nos muestra la tradición al Colón que concibió el grandioso proyecto de dirigirse al Oeste en busca de las Indias con el que logró interesar a los soberanos españoles que en seguida no supieron corresponder al genovés que les dió los dominios vírgenes de nuestra América, sitio a donde se han dirigido expediciones desde el siglo XV y que ha despertado la ambición de los soberanos europeos que encontraron campo a su sed de engrandecimiento en las inmensidades forestales del Brasil, en los bosques impenetrables del Orinoco y Amazonas; en las árida pero ricas cordilleras del Perú, de Bolivia y de Chile, en las regiones insulares de las Antillas.

En estas últimas afirmaciones es donde nos corresponde trabajar para encontrar el error de los tradicionalistas y para hacer ver que Vignaud es el que ha lanzado en forma clara y seria la crítica a estos informes.

LO QUE HIZO COLÓN EN 1492. No siendo otro el motivo de este trabajo que el de dar a conocer las teorías de Vignaud con respecto al objetivo verdadero que llevó a Colón a realizar su hazaña de 1492, nos corresponde ahora exponer que el Descubridor al

presentar al mundo antiguo unó nuevo, abierto a todas las conquistas, no hacía más que satisfacer lo que él había tenido en perspectiva desde que formaba su grandioso plan de navegante, es decir, **que lo único que Colón hizo al encontrar el continente en que habitamos fué, cumplir con su proyecto primitivo de encontrar islas o tierras en el camino del occidente,** islas o tierras de cuya existencia estaba seguro por tener indicaciones reveladoras. Está es la afirmación esencial en las obras de Vignaud cuando habla sobre esta materia y a probarla tienden las exposiciones que seguirán, las que irán a mostrar los motivos que indujeron al Almirante a concebir un proyecto de descubrimiento y el análisis que de ellas hace el autor que seguimos; al tiempo que examinar la influencia de Toscanelli que conocen algunos autores, lo que será nuestro primer problema.

LA SOMBRA DE TOSCANELLI EN LA HAZAÑA DE COLÓN. Hemos hecho referencia en alguna parte, de la carta que había influido en Colón para for-

mar su proyecto de descubrimiento y a las discusiones que sobre su autenticidad han sido avanzadas. Veamos ahora si es o no posible considerar a Toscanelli como el verdadero iniciador del descubrimiento de América, manera como lo conocen los que creen en el documento que ha presentado material de discusión desde los primeros tradicionalistas hasta nuestros últimos americanistas.

Son varios los autores que hablan de la carta de Toscanelli a Cristóbal Colón. Por orden cronológico podemos citar a Fernando Colón que, en 1537, terminó una obra biográfica de su padre, cuyo original no lo conocemos, pero por lo que de ella ha llegado a nuestro conocimiento, podemos asegurar que advertía relaciones mantenidas entre su padre y el cartógrafo Toscanelli. Las Casas, en 1552, termina su «Historia de las Indias», en que hace alusión también al asunto y dá una versión española de las dos cartas que Toscanelli había dirigido a Colón, acompañando a un mapa que está perdido, pero cuyo entendimiento se facilita por las dos cartas mencionadas. En Venecia, en 1571, imprimiéndose una versión italiana de la vida de Colón hecha por su hijo, se ve una breve mención de las relaciones de su padre con Toscanelli, como asimismo una versión de las dos cartas atribuidas al florentino. Y en 1870, Harrise, encuentra una transcripción latina de una de las cartas, transcripción que se ha querido atribuir al mismo Colón.

Tratando de confiar en la afirmación o suposición de varios biógrafos de que Colón mantuvo correspondencia con Toscanelli, veamos en qué fecha y la manera cómo pudieron éstas existir.

Sabemos que después de algunas aventuras en el mar, Colón llegó en 1476 hasta Lisboa, localidad en que contrajo matrimonio en 1479 o en 1480 con la hija de Perestrello, aventurero marítimo y aficionado a confeccionar cartas náuticas.

De esta suerte, Colón tuvo varios papeles de manos de su suegra, pertenecientes al cartógrafo portugués. Si Colón tuvo anteriormente cariño por los estudios geográficos y cosmográficos, no podía haber aun tenido relaciones con un sabio como Toscanelli, y ahora con el estudio de estos papeles, debióse encender en él un amor más intenso por el mar y sus misterios; y si algo ha, habido que haya llevado a Colón a mantener correspondencia con Toscanelli, debe haber sido la lectura que de los papeles de Perestrello hizo después del matrimonio con su hija. Pero, ¿de qué manera, si era tanto el entusiasmo del genovés,—siendo que no había aun adquirido influencia mediocre, siquiera, de navegante,—pudo iniciar su correspondencia con Toscanelli, y obtener más tarde el producto de la sabiduría de este personaje? Lo que a este respecto se refiere y en lo que toca a fechas estamos muy mal informados. Sin embargo, el hecho de encontrarse en Portugal ha favorecido las pretenciones de Colón, pues el rey de ese país tenía renombre como emprendedor de investigaciones náuticas y geográficas, y por intermedio del canónico Fernam Martins habíase puesto en relación con Toscanelli. La leyenda acepta que este religioso fué el que intervino también en las relaciones de Colón con el florentino, y partiendo nosotros de esa misma base que no es más que una teoría, podemos preguntarnos: ¿Cómo se realizaron estas relaciones, y cuándo? A la primera parte de la pregunta no sería difícil responder, concibiendo a Colón como un hombre estudioso que, después de conocer los papeles de Perestrello, le fué fácil conseguir informaciones mayores de un hombre que le asegurara mejores datos a su ciencia. Pero la segunda, ¿cómo resolverla? Sabemos que Colón no se pudo interesar en mayor grado por sus pretensiones, sino después de 1481, cuando se hubo casado con la hija de Perestrello. Anotemos por otra parte que en este tiempo el sabio florentino sentía venir el momento de su muerte, ocurrida en Mayo de 1482, a la edad de 85 años. «Sería, pues, en esta edad avanzada, y cuando tenía ya, por así decirlo, un pie en la tumba, cuando este sabio había mantenido una correspondencia con un hombre que era entonces completamente desconocido, y que estaría dispuesto a comunicarle el secreto de sus concepciones geográficas y cosmográficas. Esto no es imposible; pero se debe, sin embargo, constatar que esta historia de las relaciones de Colón con Toscanelli supone condiciones singularmente inverosímiles». Con esto agregamos una prueba a demostrar que la correspondencia entre Colón y Toscanelli no puede considerarse virtualmente auténtica.

Seamos benévolos y aceptemos la existencia de la carta de Toscanelli. La tradición manifiesta que este astrónomo indicó a Colón que podía llegar a las Indias por el Oeste, a las Indias orientales, tierras cuya existencia se conocía en definitiva y que preocupaban a muchos navegantes.

Si el Almirante llegó a tierras que no eran estas Indias, sino a unas que eran descono-

cidas, ¿hizo lo que Toscanelli le aconsejara, y podemos considerar al florentino como el iniciador del descubrimiento de tierras de que no tenía ni siquiera la ilusión de poder encontrar? De cualquier modo, esto de la autenticidad de la carta quedaría en plano secundario, sabiendo que Colón hizo algo enteramente distinto de lo que le habían indicado.

Nada puede plantearse sin antes tener presente que se deben allegar las razones que hacen posible una afirmación de cualquier orden y por ello hay que exponerlas después de haber presentado la tesis que constituye el punto de vista en la investigación. Si Vignaud no presentara pruebas a sus declaraciones, seguramente poco podría convencernos en lo que ellas constituyen. Pero probantes ha de tener para que llegue a la manera categórica de desconocer la autenticidad de la correspondencia de Colón con Toscanelli. En efecto, para sentar su teoría, Vignaud ha ido, como todos los que han escrito de Colón, a la fuente que nos proporcionan los dos primeros biógrafos del genovés: su hijo y el Padre Las Casas.

El trabajo que sobre su padre terminara Fernando Colón en 1537, nos es desconocido en su manuscrito original, y para que haya llegado a nuestro conocimiento ha sido necesario valerse de una edición italiana de esta obra, las «Historie», que apareció en Venecia en 1571. Este es el guía de Vignaud y persiguiendo su objetivo llega a él con el propósito de substraerle declaraciones que nadie había aun osado conocer. Encuentra en él lo que Fernando Colón habla de las relaciones de su padre con el sabio florentino, pero no da a entender que ellas emanen de una realidad evidente, que sean producto de una verdadera forma pasada y no alcanzan a revelar que sea el mismo Descubridor quien se manifiesta para hacer saber al mundo, por la pluma ilustre de su hijo, la existencia de relaciones mantenidas entre él y Toscanelli. Fernando Colón, detallista muy cuidadoso en lo que se refiere a su padre, no nos hace comprender que sea verídico lo que al respecto dice, omitiendo sentencias que hagan valer las afirmaciones veritadas después por los tradicionalistas que quieren verificar en Colón mismo la realidad de sus relaciones con el florentino. Por las «Historie», tratando de esta correspondencia, Colón no nos habla, como lo hace en el resto de la obra, y no se puede concebir que su hijo háyase expresado en forma tal que no satisfaga la curiosidad de muchos, la de Vignaud, principalmente, y que haya dado motivo a que más tarde palpitara esta cuestión en los círculos históricos que, descansando tranquilamente en las muelles consideraciones de los tradicionalistas, han vivido momentos activos por los trabajos del erudito norteamericano. Conociendo bien la minuciosidad de Fernando y el interés que en lo que narra muestra por la gloria de su padre, Vignaud quiere ver en los pasajes que tratan de su correspondencia con Toscanelli, una interpolación realizada por los que publicaron en Venecia la obra del primer biógrafo de Colón, interpolación que

se vería, como dicho está, en la manera de expresarse, poco propia para que pertenezca al hijo del Almirante.

Llegando así a concluir tan atrevida afirmación, Vignaud recurre a Las Casas, donde encuentra pruebas y aliento para su trabajo. Es así que en la «Historia de las Indias», que el defensor de nuestros aborígenes produjo teniendo como base y ante sus ojos el original de las «Historie», no habla de lo que Fernando Colón pudo escribir acerca de la correspondencia que nos mantiene en expectativas, lo que viene en apoyo de la teoría con que marchamos. No es desconocido que Las Casas siempre se muestra desdichado en sus trabajos y que tal vez esto imposibilitara su declaración sobre el tema, pero hay que estar de acuerdo también, en que el Obispo de Chiapas nunca abandonó situaciones que le indicaran un rumbo para llegar a alguna noticia interesante sobre Colón. ¿Cómo creer entonces que Las Casas haya omitido su palabra autorizada para no traernos luces sobre el camino que siguen los tradicionalistas? Lo que en la obra de Fernando aparece no es más que una interpolación que conoce Vignaud, interpolación que, como lo digimos, se debe a los que tuvieron a su cargo la traducción al italiano de las «Historie».

Sin embargo, Las Casas, habla de las relaciones del descubridor con Toscanelli y aun procede a insertar la carta que éste habría enviado a Colón, pero si las publicara en el idioma del florentino entonces las teorías de Vignaud podrían quedar destruidas; pero lo hace en castellano y no da a conocer que ella estaba entre los papeles del Almirante, de que él dispuso desde el momento en que empezó a trabajar en su «Historia», y concluye Vignaud que ella provino de algún miembro de la familia de Colón, llegando a manos de Las Casas después de redactada la parte de su obra en que trata de esta correspondencia, por lo que se ve obligado a colocarla como una de las tantas interpolaciones que en su libro aparecen. El hecho de mostrar la carta en castellano no viene en ninguna manera a apoyar a la leyenda; antes, autoriza a Vignaud para seguir en su afirmación de que la correspondencia Colón-Toscanelli no puede ser más que apócrifa, y apócrifo también el documento de que se valió Las Casas para sus afirmaciones.

Por otra parte, en lo que Colón dejó escrito no encontramos nada que haga pensar que tenía correspondencia con el florentino. El famoso mapa que debió enviar Toscanelli a Colón es natural que siquiera en su viaje lo acompañara y que en tal suerte el Almirante se dispusiera a consultarlo; pero lo que en su Diario del primer viaje dice, hace ver que consultaba planos de que él se hacía autor y no nombra a Toscanelli en ninguna de las ocasiones en que se sirve del documento, ni en sus conversaciones con su capitán Pinzón ni con otros ilustrados de su tripulación, acude a situaciones que le hagan recordar al que había engendrado en él la idea,—que después cristalizó en realidad,—de encontrar tierras en el camino que

seguía. El silencio que Colón guarda aquí nos indica que poco o nada debió hacer influir en él algún elemento extraño en la formación de su colosal proyecto. Aunque sabido es que Colón llegó en muchas oportunidades a disimular acontecimientos con el objeto de que sus intereses no cayeran y así su nombre no llegara a alcanzar la fama de que se creía merecedor después del éxito coronador de sus desvelos, no debemos creer que eludiera manifestar, en los que con él trataban o en sus papeles, que mantenía relaciones con el sabio Toscanelli, cuyo conocimiento más bien vendría a colocar un timbre de orgullo en la personalidad del descubridor de nuestro continente.

Vignaud estima que el silencio así evidenciado de Colón al respecto le ayuda a indicar lo fabuloso de la carta que muchos autores han creído influyente para la concepción del proyecto y, por ende, para el resultado del viaje primero de Colón en las inmensidades atlánticas; de cartas y mapa para un hombre que, no obstante el interés que demostraba para llevar a cabo aventuras e investigaciones, permanecía aun desconocido casi para todos, y mucho más para un hombre como Toscanelli, dado al estudio de muchos problemas científicos y tal vez poco aficionado a las crónicas menores.

*

Hemos examinado hasta aquí las fuentes colombinas mismas en que encontramos material para destruir lo que la Tradición asegura; podemos ahora estudiar lo que sobre los documentos, en lo que en sí significan y en lo que respecto a las afirmaciones de los biógrafos de Colón, sabemos.

Primeramente creemos de interés llegar hasta el hombre a quien se considera el autor de las cartas que en Colón encendieron el entusiasmo por salir al occidente en busca de tierras. Toscanelli procedía en todos los actos de su vida con el mayor orden posible, procurando dejar copia de las cartas que enviaba; ¿no es propio entonces que entre ellas aparezca la que hubo llegado a manos de Colón? Lo extraño es que la copia no exista, hecho que se ha comprobado por las investigaciones de Vignaud entre los papeles del cartógrafo florentino, y así se sigue abriendo paso su teoría de lo legendario de las relaciones mantenidas entre los dos hombres.

El análisis que Vignaud realiza de autores portugueses y florentinos le lleva a formar la conclusión de que ni en Italia, ni en Portugal, ni en las cortes de estos dos reinos, se conocían las relaciones entre Toscanelli y el Rey Juan, primero, y entre Toscanelli y Colón, después. El intermediario Fernando Martins llega a desaparecer de la realidad histórica por lo que Vignaud expresa, y no encuentra en ninguna parte de los elementos auxiliares de que se vale para sus estudios, algo que le pruebe la afirmación de Fernando Colón y de Las Casas, de que Colón tuvo como consejero al célebre sabio florentino. Y hasta aquí nada encontramos que satisfaga las conclusiones tan

fáciles a que llegaron los tradicionalistas, conclusiones que se desprendieron de la sola mirada hacia las palabras de Fernando y del Obispo, que, si bien es cierto son las primeras autoridades para los estudios colombinos, hechos demostrados nos han convencido que sus declaraciones son refutables.

Finalmente debemos agregar que hay otros móviles para asegurar que la correspondencia que analizamos no puede ser más que apócrifa y que Vignaud examina detalladamente en su «Histoire critique». El examen de las cartas y del mapa de Toscanelli a Colón ha revelado una redacción y una ortografía que de ninguna manera puede pertenecer a un hombre como Toscanelli, sabio que vivió en un medio social muy culto como el de su época en Italia, foco de civilización cuando el Renacimiento empezaba a manifestarse en la Europa y a preocupar a los hombres idealistas. Por otra parte los modelos de las cartas que los tradicionalistas han tomado como puntos de apoyo para sus trabajos,—todos de una misma época,—muestran variaciones considerables que nos acusan una participación de elementos diferentes en su ejecución, y donde la influencia de Toscanelli no puede haberse presentado, pues, en tal caso, las cartas habrían tenido un solo origen y no sería admisible la variación tan profunda que guarda una copia con respecto a otra. El caso que presenta la segunda carta que se atribuye a Toscanelli es todavía más curioso, pues está dirigida desde Roma a un portugués, y hay que partir de la base de que Toscanelli no vivió jamás en la capital italiana y todavía esta carta dice en su esencia lo mismo que la primera, y aun, menos de lo que ésta abarca, aspecto en que veríamos una prueba más de que las relaciones de Colón con el florentino no pudieron ser concebidas más que por la audacia de Fernando Colón y del Padre Las Casas y que los tradicionalistas han querido seguir como fuente capaz de suministrar verdades sobre el Descubridor y no han hecho más que ocultar acontecimientos que en buena forma Vignaud desveló con el objeto de hacer comprender a la opinión histórica que la hazaña de Colón fué producto de sus meditaciones y estudios y no debidos a la intervención de personaje extraño que arrebataría en gran parte su mérito, muy grande, por lo demás, de haber llegado a descubrir un continente, unas tierras sobre cuya existencia tenía ya un concepto formado, después de trabajos científicos realizados personalmente en ocasiones por él mismo buscadas.

COLON ES EL UNICO AUTOR DE SU PROYECTO DE DESCUBRIMIENTO.

Después de haber visto a Fernando Colón y al Padre Las Casas mostrando las fuentes en que Colón encontró aquéllas con que realizó su plan, nos corresponde ahora examinar lo que hay de verdad en ello, siguiendo lo que el Descubridor sobre este asunto nos ha dejado.

Los dos primeros biógrafos están de acuerdo en que el genovés gustaba consultar va-

rios textos de autores contemporáneos suyos, y clásicos, y para comprobar su afirmación citan gran número de intelectuales de diversas épocas y naciones, cuyos trabajos habrían influido para que Colón formara las bases de su proyecto. A pesar de que sería imposible aceptar en su forma completa las indicaciones colombinas con respecto a esta cuestión, hay que acudir a Pedro d'Ailly, al Papa Pío II (Eneas Sylvio Piccolomino), a Plinio, a Marco Polo, para encontrar la fuente verdadera de lo que más tarde logró concebir Cristóbal Colón. Del primero habría consultado el «Imago Mundi», del segundo la «Historia rerum», del tercero la «Historia Natural» y del cuarto la relación intitulada «De consuetudinibus e conditionibus orientalium regionum», todas cuatro que habrían sido sometidas al estudio y crítica del Almirante, producto de lo cual serían las anotaciones que él procuró colocar al margen de cada página en que creía hallar algo que mereciera corrección. Como lo veremos, los planes que Colón dedujo de sus trabajos son iguales a los que se atribuyeron a Toscanelli.

Leyendo a Ptolomeo, a Plinio y a d'Ailly, Colón alcanzó a darse cuenta de la redondez de la tierra para demostrar lo cual más tarde parece que emprendió la conquista de las aguas atlánticas, no queriendo con esto decir que el único objetivo de 1492 fuera éste, puesto que su plan era aún más amplio y difícil, advirtiendo que la esfericidad de la tierra no la alcanzó a demostrar en forma tal que nos imposibilita dar el honor de ello al famoso Magallanes.

Las lecturas y cálculos llevaron a Colón a considerar que el grado terrestre debería medir $56\frac{2}{3}$ millas, dato que desprende también de la obra de d'Ailly y que parece haber existido en autores como Alfragán, cuyas ideas tal vez no fueron del todo conocidas por el Descubridor. El hecho de resumir sus conclusiones con respecto a la medición del grado en las obras del autor del «Imago Mundi», revela en el que lo realizó un cuidado sumo en las materias de las que él pretende sacar provecho, aspecto donde veríamos una pretensión de Colón no sólo para conocer los asuntos de que el libro trataba, sino para formarse una personalidad más completa de nociones que pudieran cristalizarse en hechos probatorios.

Entre las bases fundamentales del proyecto de Colón figura la concepción suya con respecto a la medida del globo terrestre, lo que tiene importancia para asegurar que ello mostraba una de las causas para emprender la búsqueda de tierras que él creía muy distantes de las costas europeas por el Océano Atlántico. A esto el Descubridor responde que la circunferencia del globo terráqueo no puede ser más que de 30 192 100 metros, alrededor de 10 000 000 de metros menos de lo que en realidad es.

La corta distancia que creían Aristóteles y Séneca que separaba el occidente del oriente, y que d'Ailly se encarga de declarar, formaron también en Colón la idea de encontrar los extremos del mundo a muy poco tiempo de viaje.

Sirviéndose de autores clásicos, d'Ailly informa a Colón que la extensión de las aguas con respecto a las tierras es muy reducida y al efecto, de siete partes de la esfera hace ocupar seis por las tierras y una solamente por las aguas.

Fuera de todo esto es indudable que Colón pretendía lanzarse definitivamente al mar, por el conocimiento que tenía de que poco era lo que quedaba por descubrir de la tierra, ya que mucho se había avanzado en este sentido hacia el oriente, fuera de algunas islas del Atlántico africano, a que llegaron los primeros hombres de mar.

Son éstas las mismas indicaciones que Toscanelli nos da en el curso del documento que se le atribuye y que está probado que no puede ser más que apócrifo. Podemos aceptar que sólo Colón formó su plan, después de consultar algunas pocas obras y no las innumerables que él y sus dos primeros biógrafos citan; la obra que más le sirvió fué la de d'Ailly, ya que de ella sacó lo que sobre las materias de su interés ya formulaban los autores antiguos y no se puede negar en ninguna forma la paternidad de Colón en la constitución formal de su proyecto y, al decir de Vignaud, «mientras no se encuentre ninguna confirmación al informe dado por Fernando Colón y por Las Casas relacionado con la parte que Toscanelli había tenido en la formación del gran proyecto de Colón; la declaración formal de éste de que ese proyecto le pertenecía por entero, está confirmada por las indicaciones que da en algunos de sus escritos, especialmente en sus anotaciones en las obras de que se sirvió», y «mientras que existen razones muy serias de creer que Colón es, como lo dice él mismo, el autor de su gran proyecto, no hay nada que muestre la exactitud de los hechos avanzados en las «Historie» y por Las Casas, relativo a la parte que Toscanelli había tenido en la formación de ese proyecto».

EL PLAN VERDADERO FORMAL POR COLON.

Vistas las declaraciones precedentes, en que no sólo Colón llevaba el espíritu de descubrir, sino también toda su atrevida tripulación, debemos dar por sentado que lo que él pretendió en efectivo fué el descubrimiento de nuevas tierras situadas al occidente del Viejo Mundo y a las que él siempre trató de dar explicación en lo que había observado desde tiempos atrás en sus viajes y estudios. Es evidente que Colón no tuvo ni la más remota intención de descubrir un continente hasta entonces ignorado, sino que simplemente creyó que su viaje lo llevaría al hallazgo de pequeñas porciones de tierras, acaso de islas que se situarían en el Atlántico o en las costas asiáticas del Pacífico, vecinas a las tierras del Gran Khan.

Sin embargo, el mismo Colón habla en repetidas ocasiones de que su proyecto de descubrimiento se basaba ante todo en hallar una ruta que fuera más corta y segura que la que se hacía circunnavegando África

para atravesar el Indico, en lo cual seguramente veríamos que el de encontrar nuevas tierras quedaba relegado a segundo término. Pero si así lo fuera él aseguraba que en su ruta a seguir existían tierras no descubiertas, de otra manera no es posible explicar su insistente petición a los Reyes Católicos de que se le aceptaran sus imposiciones, aprobadas recién en las Capitulaciones de Abril de 1492, en Santa Fe, y en que se concede a Colón, aparte de otras cosas, el título de Virrey y Gobernador perpetuo de todas las islas que descubriera en el mar océano, haciendo aún más hereditario el título en referencia, lo mismo que los demás expedidos en favor del Almirante. Ahora bien, si no se conformaba Colón con una sencilla retribución monetaria de la corona, sino que pedía tanto como los títulos logrados en pago de sus posibles descubrimientos, debemos aceptar que él estaba tan seguro de sus teorías que no trepidó en hacerse escuchar hasta no alcanzar lo más que pudiera para cuando hubiese dado término a su empresa. Y si es tan intransigente «nuestro genovés», no nos deja duda de que él trabajaba en conocimiento formal de sus ideas, conocimiento desprendido de sus estudios y experiencias, haciendo el plan de descubrimiento de tierras no menos importante que el de la ruta para comunicar por el Oeste la Europa con el Asia.

No nos es desconocido que al comunicar Colón su plan al Rey Juan de Portugal y proponerle su ejecución, le presentó los mismos proyectos que más tarde llevó a la corona española, de modo que no nos podemos desentender de esta evidente consideración de Colón de que sus planes se dirigían a encontrar tierras sobre las que tenía noticias muy seguras.

Navarrete nos transcribe una copia de las Capitulaciones de Santa Fe, en que se expresa en términos precisos que los títulos que se concedían a Colón eran como recompensa de lo que él había de descubrir, nota que agregamos como una prueba efectiva de los planes de Colón, aunque aparece otro texto de las mismas Capitulaciones en que estas cláusulas se dan en otra forma, obligando a Vignaud a desplegar toda su audacia para considerar a este último texto como copia de una desnaturalización de las Capitulaciones o como expresión de declaraciones posteriores de Colón que, ya próximo a su tumba, y ofuscado por insistentes preguntas, no tuvo más que dar como respuesta lo que se advierte de novedad en este texto.

Finalizamos este apartado con la conclusión de que Cristóbal Colón pretendió el descubrimiento de tierras como punto principal en su tabla proyectada, y que si después de descubierto el Nuevo Mundo él habló de haber llegado a las Indias, fué engañado por el hallazgo de indígenas con caracteres muy semejantes a los que había oído tenían los del continente asiático y por la enorme extensión de las tierras a que había llegado, muy diferente a las que él seguramente pensaba encontrar.

CONCLUSIONES FINALES.

Hecho ya el estudio de los puntos que teníamos en perspectiva al iniciar este trabajo, y presentado las pruebas que exigen las afirmaciones que ella contiene,—que no son otras que las que Henry Vignaud paterniza en sus obras—cábenos, finalmente sintetizar para así entregar las conclusiones que de ellas se desprenden:

1.º Cristóbal Colón, atrevido navegante genovés, es el único que ha trabajado en la formación de su proyecto, y a su esfuerzo se debe el éxito de su empresa en 1492.

2.º En este proyecto por él concebido se estipula claramente que el viaje tenía como principal objetivo el de encontrar tierras nuevas, de las que él tenía ya conocimiento, desprendido de las investigaciones practicadas por él en el curso de sus viajes.

3.º Nadie intervino, en consecuencia, en la formación del plan de descubrimiento y Toscanelli no puede considerarse como el iniciador del descubrimiento del Nuevo Mundo, manera cómo lo estiman los círculos tradicionalistas.

4.º Si una vez descubierto el continente americano Colón habló de haber llegado a

las Indias, fué sólo por una personal estimación suya, estimación arrancada del conocimiento que tenía de los aborígenes del Oriente, muy parecidos a los que él por primera vez veía en las rutas emprendidas en el Atlántico.

Por fin, las críticas que sufrieron las obras de Vignaud cuando llegaron hasta los tradicionalistas, que querían ver en ellas disminuída la fama del Almirante por las verdades expresadas, no tienen fundamento alguno, ya que el erudito norteamericano sólo ha pretendido manifestarse con el propósito de esclarecer situaciones tergiversadas y que determinan, por el contrario, el verdadero mérito de la hazaña realizada por el genovés en 1492, y muchos otros aspectos de su vida, de un interés análogo al que tiene el punto que afrontamos, pero que no los analizamos por quedar fuera del plan de trabajo que necesitamos desarrollar. La gloria del Descubridor, pues, en nada disminuye; antes, se enaltece, haciéndolo el autor de un hecho, que, como el descubrimiento de América, ha logrado presentar un campo mayor para la acción del hombre, en los más diversos aspectos de su actividad.

ORLANDO PEÑA